



SÁNCHEZ-OSTIZ, Miguel
Lectura de Pablo Antoñana

Pamplona: Pamiela, 2010.
 197 p. : il. ; 21 cm.
 ISBN: 978-84-7681-645-5

Al comienzo del libro señala el autor su deseo de que «estas páginas, además de ser un homenaje a Pablo Antoñana, sirvan para acercar su obra a lectores nuevos, que es para lo mejor que pueden servir unas páginas escritas por un escritor sobre otro escritor» (p. 13), idea que reitera en otros momentos. Indica Sánchez-Ostiz que esta es su «particular, parcial y subjetiva lectura de la obra de Pablo Antoñana, escrita en homenaje a una persona que estimé y a un escritor a quien admiré» (p. 178); aclara que va a ser el suyo un trabajo «hagiográfico» (pp. 14 y 16) e insistirá en que «este no es un libro académico ni imparcial» (p. 175). El objetivo no es escribir un análisis filológico, estilístico o temático de la producción de Antoñana, sino convertirse en valedor suyo y de su literatura, pero no hacer una disección minuciosa de sus escritos, ni desnudar sin piedad a un escritor que supo crear un mundo literario sólido y atractivo, y no tan negro y tenebroso como a veces se piensa. No estamos, por tanto, ni ante una biografía del novelista de Viana, ni ante un análisis en profundidad de su obra. Sí ante una semblanza escrita con pasión, con admiración, «con tristeza también porque considero que el esfuerzo vital y creativo de Antoñana mereció mejor suerte» (p. 16), desde un recuerdo afectuoso o *simpatía*, en el sentido de comunidad espiritual. Así pues, el título *Lectura de Pablo Antoñana* resulta muy acertado: Sánchez-Ostiz no lleva a cabo un estudio de su corpus periodístico-literario, sino que traza un retrato del escritor y del hombre, poniendo de relieve los rasgos principales de su personalidad y su pensamiento.

El libro se divide en doce capítulos, a los que se añaden como apéndices dos textos recientes de Antoñana. También se recoge al final una útil «Bibliografía de Pablo Antoñana» y un «Agradecimiento» a Antonio Muro Jurío, cuya tesis doctoral sobre el escritor, inédita, ha constituido una valiosa fuente de datos. En las páginas del volumen se intercalan numerosas fotografías de Antoñana y otras ilustraciones, complemento gráfico de gran interés documental.

Lectura de Pablo Antoñana no presenta una estructura rigurosa ni sigue un estricto orden temático o cronológico, pero sí que cada capítulo agavilla un conjunto de reflexiones y comentarios en torno a algún aspecto de la personalidad de Antoñana, de su trayectoria literaria o de sus temas que los dota de cierta unidad. Así, el primero, «Silueta de jinete solitario», parte de la comparación que hiciera Javier Eder de Antoñana con uno de esos jinetes que cabalgan solitarios en las películas de John Ford, que a Sánchez-Ostiz le parece muy acertada para explicar la proyección de la imagen pública del de Viana. En efecto, *jinete solitario*, *andasolo*, *outsider*, *Robinsón*... son apelativos válidos para identificar a un escritor solitario e independiente, cargado de pesimismo, con una visión nihilista y desesperanzada de la vida, creador de un mundo literario sombrío y oscuro, pero del que no están ausentes las notas líricas, delicadas y tiernas, una mirada cariñosa a la gente humilde y humillada, a los perdedores, a los más desvalidos y desfavorecidos de la sociedad. Defiende Sánchez-Ostiz la necesidad de centrar la atención en su obra escrita, y no en la leyenda o personaje que a veces se crea en torno a un autor. La de Antoñana fue una personalidad a la vez rebelde

y sencilla, tímida y orgullosa, triste y afectuosa..., y él, alguien que quiso ser «escritor o nada», que se mantuvo alejado siempre de la bronquedad propia de una tierra, Navarra, plagada de odios y banderías (*leitmotiv* de Sánchez-Ostiz muy repetido a lo largo del libro). Al mismo tiempo, el autor reconoce su deuda literaria, el magisterio lejano o el ejemplo, más bien, de Antoñana.

«Reconocimiento de deuda» insiste en ese papel de modelo, para él y tantos otros, que desempeñó Antoñana, en especial por su sección dominical «Las tierras y los hombres» en *Diario de Navarra*, larga serie de colaboraciones en las que sacó de la nada a los personajes invisibles del mundo rural, dando voz a los perdedores, al tiempo que mostraba otra forma de mirar al pasado. Se caracteriza a Antoñana como escritor maldito, raro, pero no lo suficiente como para tener su espacio en el ámbito de la cultura oficial (ese *mundola-cultura* contra el que continuamente arremete Sánchez-Ostiz). La evocación de sus orígenes literarios y de la vida cultural de Pamplona se funde con otros recuerdos de encuentros personales.

En «El caso Antoñana» se explica que el suyo constituye uno bien raro en la literatura española del siglo XX: un escritor «solitario, insatisfecho, arriesgado, a contra corriente, testigo atormentado» de su sociedad (p. 36), sincero y coherente con sus ideas, inconformista, un disidente (pero con una obra no subversiva o agresiva); un escritor poco dado a la vida social, pero además olvidado, olvidado, marginado por resultar molesto al poder y al *establishment* oficial; un escritor «poco y mal leído», al margen de los circuitos comerciales, que ha recibido escasa atención por parte del mundo académico, «pese a escribir como un forzado una obra exigente, original, sugerente, intensa» (p. 39); un escritor entregado por completo a la creación literaria, que no se rindió ante ese escaso reconocimiento y siguió escribiendo y publicando hasta el final. La literatura fue para él una pasión, una dedicación obsesiva, con la que supo crear un mundo literario propio, muy sólido, con un estilo también propio, y una sintaxis y un léxico muy ricos. Ese mundo literario está «impregnado de violencia, tensiones sociales, injusticia y explotación, un mundo duro, dominado por la fatalidad» (p. 40). La mala acogida que tuvo se entiende mal, porque su estilo es muy legible, no rancio o experimental. Poco conocido hasta 1984, año en que Pamiela empieza a editar o reeditar sus obras, luego llegó a convertirse en un referente obligado de la cultura vasca. Frente a los paralelismos que suelen señalarse con Benet, Kafka, Faulkner o Baroja, entre otros, Sánchez-Ostiz defiende que «la literatura de Antoñana es valiosa, por sí misma» (p. 49).

«Una casa solariega y blasonada» evoca los años de infancia en la casa de los Navarro Villoslada en Viana. Ahí entra en contacto con el mundo de amos y siervos que tantas veces reflejará en sus obras; y también con el pasado: de muy temprano arranca el gusto por los objetos antiguos: muebles, libros, mapas, grabados, documentos..., que son para Antoñana verdaderos «tiradores de la memoria», a los que es capaz de arrancar las infinitas historias que guardan escondidas. Será testigo y cronista de ese mundo rural abocado a la desaparición. En esa casa escuchó a su madre las historias familiares (noticias del padre en Guinea Ecuatorial, de los abuelos en Cuba y Filipinas, relatos de las guerras carlistas...) y en ella se hizo escritor.

El capítulo «La ruleta del casino literario» sigue evocando los orígenes de Antoñana en la literatura (ambiente cultural de Zaragoza, primeras publicaciones...), así como el retorno, tras acabar sus estudios universitarios, a la insufrible vida en el pueblo (maestro en Ablitas, secretario de ayuntamiento en Sansol, El Busto y Desojo): «se iniciaba una vida de aislamiento brutal» (p. 73), una existencia apartada que fue una condena a la soledad, pero que le dejó tiempo para dedicarse a leer y escribir, sin desertar nunca de sus sueños literarios.

El apartado «Escritor o nada» repasa las opiniones de Antoñana sobre el oficio, que para él fue, más que una vocación, una enfermedad incurable, una condena o fatalidad. Escritura como dolor y sufrimiento, supuración de una enfermedad del alma, una forma de dejar constancia de su paso por la vida, con la inseguridad constante sobre el valor de lo que estaba escribiendo; la de un creador que trabaja en soledad y apartamiento, entregado a la literatura con toda su alma, que nunca escribió al dictado de las modas sino compro-

metido con el aquí y ahora de su sociedad, testigo y cronista del difícil tiempo que le había tocado vivir. Se ahonda en la relación del escritor con la tierra y el entorno, del que nunca pudo escaparse: fue un exiliado interior o desterrado en su propia tierra.

«República de loar» se refiere a ese territorio mítico que toma su nombre de un monte en la sierra de Codés, convertido por Antoñana en «territorio de tinta y papel», además de evocarse otras geografías míticas, brumosas, soñadas (Filipinas, Cuba, Guinea, Gustavia...) que aparecen en sus «crónicas de viajero inmóvil» escritas desde su gabinete-biblioteca y que lo convierten en «corresponsal de sueños y destinos ajenos» (p. 108). Fue Antoñana un escritor enraizado en su tierra, pero que no hizo casticismo provinciano.

En «Pablo Antoñana en el espejo de papel» se repasan distintos pasajes en los que el literato habla de sí mismo: «escritor, persona doliente, testigo lejano del espanto» (p. 123), con una fe inagotable en sí mismo, tuvo una voluntad creadora inquebrantable. Recuerda sus propias definiciones como «un campesino ilustrado que además escribe», y concluye que fue la suya una personalidad compleja: sinceridad y autenticidad, franqueza, sencillez y veracidad, dolor, inseguridad ante su obra, desesperanza, pesimismo, tristeza y depresión... serían los rasgos más destacados de su personalidad profunda. Se insiste en la identidad de vida y obra: un hombre en continua búsqueda de sí mismo, que supo «defender su destino de escritor con uñas y dientes, porque es lo único que tenía» (p. 127).

En «Los perdedores de la Causa» se detiene Sánchez-Ostiz en uno de los momentos narrativos recurrentes en su obra, la guerra carlista de 1872-1876. Varias novelas, artículos, relatos y estampas, además de conferencias y estudios, la tienen como tema directo o indirecto. Antoñana ofrece una visión nada convencional, desmitificadora y desencantada, trágica y sombría, del carlismo: frente al tratamiento épico-romántico de otros autores, él presenta a los de abajo, los voluntarios, los rebeldes y miserables, los perdedores y vencidos, que no siempre se guiaban por las ideas de Dios, patria, rey y fueros. Da protagonismo a personajes que son carne de cañón y execra la guerra, retratándola en toda su crueldad, barbarie, locura y fanatismo.

Con «Una llaga en la memoria» nos adentramos en otro tema obsesivo para Antoñana: la guerra civil, que veía «como una herida de imposible sutura» (p. 152), y los años posteriores de dictadura, llenos de represión, horrores, censura, etc. Su mirada está de nuevo con la gente vencida, de nuevo quiere recordar a los sin nombre, ser su voz y su memoria. Desde una postura decididamente antimilitarista y pacifista, Antoñana lanza su alegato contra las guerras y contra los que las arman.

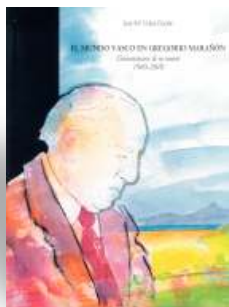
En el siguiente capítulo, «La guerra del Norte», se nos recuerda que Antoñana usó este sintagma, de origen decimonónico, para referirse al terrorismo de ETA y la lucha contrterrorista. En la última etapa de su vida, un Antoñana más que desencantado habló de los temas candentes de la sociedad «desde su toma de posesión con los perdedores siempre» (p. 167). Asuntos como el centenario de la conquista de Navarra en 1512 dan pie para reflexiones sobre el nacionalismo vasco y español y la presentación de Navarra como tierra de banderías y trincheras, junto con una serie de andanadas –de Sánchez-Ostiz, no de Antoñana– contra la «Navarra oficial».

Por último, «Oficio de Tinieblas» evoca algunas de las necrológicas y homenajes a raíz de la muerte del escritor de Viana. El capítulo viene a redondear la semblanza que se ha venido trazando: la de un hombre con una actitud ejemplar ante la vida y la literatura, «escritor casi secreto» (p. 171), que hizo su obra en soledad y apartamiento, al margen de la cultura y el mecenazgo oficiales, fuera también de los circuitos comerciales nacionales, independiente, inconformista, con muy poca complacencia con los poderosos, convertido en símbolo y referencia para muchos por su instinto de rebeldía, insumisión y resistencia. Un personaje triste y con fama de cascarrabias, pero añorado y recordado con cariño por muchos.

Escribía el autor que «Hoy, la obra de Pablo Antoñana es para mí una invitación y un pretexto para reflexionar acerca de algunos asuntos que a él le inquietaban» (p. 12). Y, efectivamente, así sucede en muchas de estas páginas en las que, al hilo de ideas del de Viana,

se suceden las andanadas y exabruptos de Sánchez-Ostiz contra esto y aquello. Sea como sea, este trabajo, de estilo ameno y fácil lectura, cumple con creces su objetivo de acercar a los lectores la figura de Pablo Antoñana, uno de los mejores escritores navarros, pero también de los menos conocidos. Y aunque Sánchez-Ostiz insiste por activa y por pasiva en que el suyo no es un estudio académico, no por ello deja de ser un trabajo bien documentado, redactado a partir del conocimiento personal del propio escritor estudiado y de una atenta lectura de su obra. Las 278 notas que se añaden al final dan buena fe de que estamos ante un libro escrito con rigor y con conocimiento de causa. Un libro, en suma, en el que encontramos una subjetiva –y sugestiva– lectura de Pablo Antoñana, de su persona y de su obra, tamizadas ambas por la apasionada y «hagiográfica» interpretación de Miguel Sánchez-Ostiz.

Carlos Mata



URKIA ETXABE, José M^a
El mundo vasco en Gregorio
Marañón. Cincuentenario de su
muerte. 1960-2010

Donostia-San Sebastián: Real Sociedad
 Bascongada de Amigos del País/Euskal
 Herriaren Adiskideen Elkarte. 2010.
 241 p. : 28 cm.
 ISBN: 978-84-935032-7-7

El cincuentenario del fallecimiento del Dr. Marañón ha sido fuente de un buen número de homenajes y de conmemoraciones. Así, por ejemplo, Antonio López Vega, Director de la fundación Gregorio Marañón, junto con Juan Pablo Fusi organizaron en 2010 una exposición en la que reivindicaban la figura del médico y humanista, miembro de la generación de 1914, generación que trató de impulsar la modernización de España. El propio Antonio López Vega ha publicado este año una extensa biografía de Marañón titulada “Gregorio Marañón. Radiografía de un liberal”.

Además de ese homenaje de la fundación, diversas instituciones universitarias han realizado actos en su recuerdo. Así, cabe citar el acto organizado por la Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales junto con la Fundación Gregorio Marañón el 16 de abril de 2010, el acto académico en la Universidad Complutense de Madrid el 28 de mayo y el homenaje que la Cátedra de Farmacia junto con el Ateneo de Madrid organizaron el 19 de octubre de 2010. Más recientemente, el pasado 3 de mayo, tuvo lugar en el Ateneo de Sevilla otro acto en su recuerdo.

Igualmente destacable fue el homenaje realizado en la localidad de Zumaia, en el que participaron el Museo Zuloaga y la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País. Según recogía la prensa local, el Director de la Fundación Gregorio Marañón, Antonio López Vega, manifestó que “cuando empezamos a estudiar en el Patronato de la Fundación cómo celebrar el cincuentenario, una de las primeras ideas que se nos vino a la cabeza era que el